

Una tormenta de oro blanco



Texto
Laura Aragó
Xavier Aldekoa
Èlia Borràs

La crisis climática y la
 decisión de la India de
 restringir la exportación
 de arroz dejaron una
 herida abierta en miles de
 familias en Mauritania y
 Senegal



Alpha Issa, de 14 años, y su hermano mayor espantan a las aves para que no se coman su cosecha de arroz a las afueras de la aldea de Guia, en el norte de Senegal.
 Laura Aragó

En el comedor de la casa de Moukthar Cissé cabe el mundo. El suyo es un hogar humilde en el barrio senegalés de Pikine Tableau Walo, a las afueras de la ciudad de Saint Louis, de escaleras de cemento a vista, cocina en la azotea y paredes resquebrajadas. En un lugar así, donde se vive al día y las grietas no se arreglan, las realidades lejanas y complejas golpean de lleno. Decir que en el comedor cabe el mundo es una exageración a medias: en la mesa de Cissé se sientan los ecos de la geopolítica mundial y de la crisis climática y, apenas a un metro de distancia, se despanzurra en el sofá el sueño de un cayuco hacia Europa.

A Cissé, que comparte hogar con 13 familiares entre sus dos esposas, hijos, tíos y sobrinos, simplemente no le salen las cuentas. «Mantengo con mi salario de taxista a toda mi familia y cada vez es más difícil. En un año ha subido el precio de los alimentos, de la gasolina... Yo gano entre 7.000 y 8.000 cefas diarios (unos 10-12 euros) y gastamos solo en comida 7.000 cefas al día, cuando hace 12 meses eran 6.000 (9 euros). Y falta pagar el colegio, el agua, la gasolina, la luz...». A Cissé y a su primera mujer, Fatou Bâ, se les arruga la frente y se les arquean las

P. 210 – 211

cejas mientras se interrumpen para contar su verdad. Ambos repiten una palabra continuamente: arroz. «Todo ha subido —dice él—: las cebollas, el azúcar, la carne, pero ¡el arroz?! ¡El precio del arroz se ha multiplicado en solo un año! Y eso es un desastre en una familia como esta. En esta casa consumimos tres o cuatro kilos de arroz al día».

Tumbada en un sofá oscuro delante de ellos, su sobrina Ami Kole, una chica de 25 años que ni estudia ni trabaja, los escucha con una mueca en los labios a medio camino entre el hartazgo y la resignación. Corta a sus tíos antes de que acaben de hablar: «Pues yo pienso irme a España en cuanto pueda. Aquí no hay trabajo y todo es cada día más caro. Cuando ahorre el dinero suficiente, me subo a un cayuco. Espero que Alá esté conmigo».

El proverbio chino «el aleteo de las alas de una mariposa se puede sentir al otro lado del mundo» dio lugar, tras las investigaciones del matemático y meteorólogo Edward Lorenz, a uno de los ejemplos de la teoría del caos más conocidos, el efecto mariposa. Según este concepto, la suave brisa provocada por las alas de un diminuto insecto en Hong Kong puede desatar una tormenta en Nueva York. Un aleteo similar, ocurrido a más de 9.000 kilómetros de Senegal, en los despachos de Nueva Delhi, capital de la India, desató una tempestad en varios países de África occidental.

En julio de 2023, el gigante indio, que representa el 40% de las ventas mundiales de arroz según datos de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO, por sus siglas en inglés), anunció que prohibía las exportaciones de la variedad no-basmati de este grano, la más popular en el continente africano por su precio más asequible. La acción respondía al temor del Gobierno indio a las malas cosechas por la crisis climática, agudizado por la escasez

de lluvias monzónicas anunciadas por el fenómeno de El Niño. A las condiciones meteorológicas adversas se les sumaba el riesgo de una inflación desatada, acentuada a su vez por las disrupciones del comercio de cereales tras la invasión de Ucrania. Ese miedo a la inestabilidad de los precios y la respuesta proteccionista india brotaba del cálculo político: el primer ministro, Narendra Modi, congeló las exportaciones de arroz para evitar la desestabilización del mercado local por el aumento de los costes y que se produjeran protestas y una crisis social que le perjudicara en las elecciones previstas para meses después. Le funcionó a medias, pero le funcionó. En verano de 2024 perdió la mayoría absoluta en las urnas, aunque logró una victoria que le permitió mantenerse en el poder. Con el bastón de mando asegurado, Modi empezó pocos meses más tarde de su reelección, en septiembre de 2024, a levantar las restricciones para exportar arroz. Pero más de un año de cerrojo indio ya había asestado un puñetazo descomunal en el estómago de los hogares humildes: el precio de este alimento, el que más calorías aporta a la población mundial y un elemento básico para las dietas de 3.000 millones de personas, subió casi un 40% en 12 meses y alcanzó los niveles más altos de los últimos 20 años.

En países como Senegal fue directamente una hecatombe. Las importaciones de arroz desde la India, que antes de las restricciones suponían las tres cuartas partes del cereal que se consumía en el país africano, cayeron un 80%. Aunque el Gobierno senegalés cubrió en parte el agujero con otras variedades de Brasil, Pakistán o Tailandia, no fue suficiente para evitar que los precios en los mercados se dispararan.

La agencia de cooperación de Estados Unidos (Usaid) y oenegés internacionales financian un proyecto en Saint Louis (Senegal) que incluye la irrigación y la producción de arroz.
Sylvain Cherkaoui



La fiebre del oro blanco

En casa del taxista Cissé, su mujer Fatou Bâ sube unas escaleras sin barandilla para enseñar la cocina familiar y, de paso, las cicatrices de aquella herida originada en el tablero internacional. En la azotea, junto a la entrada, hay un pequeño establo donde descansa un cordero blanco y flaco que mastica paja con la mirada fija en la pared. En un lateral, un marco desnudo da acceso a una cocina sencilla: hay unas baldas de obra grises con ollas encima, un par de cestos con unas pocas hortalizas y un saco de arroz casi vacío. En el suelo hay un gran caldero del que emergen hilos de humo y un aroma que abre el apetito. Fatou Bâ coge un cucharón, remueve el caldo hirviendo y muestra el contenido. Aunque a simple vista parece haber una cantidad ingente de arroz, ella asegura que por la noche no quedará ni un grano. «Es la comida principal del día para todos; es poco», dice.

El fervor por este cereal es común en la región. Si en 1970 el consumo medio por persona en África subsahariana era de 14 kilos al año y en 2009 subió a 39, actualmente supera los 100 kilos anuales en varios países de la región. Según la FAO, cada senegalés consume de media al año 115,3 kilos, la sexta mayor tasa después de Liberia, Costa de Marfil, Guinea-Bisáu, Sierra Leona y Guinea, que lidera la tabla con un consumo de 151 kilos al año por guineano. De todos ellos, Senegal es de largo el más dependiente de la India, ya que dos de cada diez granos de arroz que Delhi exporta al continente africano van a parar a territorio senegalés.

Para Fatou Bâ, el lazo con este oro blanco es indivisible porque lleva toda la vida atada a él. «Los senegaleses solo conocemos el arroz. Es lo que comemos. Es lo que conocemos. El que cultivamos aquí, la variante africana, es de mejor calidad, pero el asiático es más barato».

En realidad, hay que bucear en la

Francia
construyó un
sistema agrícola
colonial
beneficioso
para sus
intereses

historia para descubrir que no siempre fue así. A pesar de que este cereal se cultiva en la región desde hace más de 3.000 años y los arrozales siempre han ocupado las tierras más fértiles de Casamance, entre el sur de Senegal y Gambia, la llegada de la colonización francesa provocó un cambio de rumbo: la agricultura senegalesa dejó de lado el cultivo de productos locales como el mijo, el sorgo o la variante autóctona de arroz para convertirse en parte de un engranaje productivo planeado desde París. Si en la actual Burkina Faso o en Mali Francia ideó campos de algodón y en Costa de Marfil se alentó la producción de cacao, a Senegal se la convirtió en una colonia especializada en cacahuete. A inicios del siglo pasado, los franceses empezaron a preparar las tierras para el cultivo de este leguminoso y, para el año 1960, Senegal era el principal exportador mundial de cacahuetes, un comercio que representaba el 80% de sus ventas internacionales. Aunque el cultivo de arroz no se abandonó del todo, especialmente en las orillas del río Senegal, en la frontera de Mauritania, su producción era insuficiente para afrontar la demanda nacional de una población en aumento. La jugada fue magistral. La imposición gala a favor del cacahuete tenía otra derivada positiva para los intereses de París, ya que, con buena parte de los campos senegaleses destinados a su conveniencia, los colonos vieron la posibilidad de alimentar a la población senegalesa con los excedentes del arroz cultivado en sus colonias de Indochina, las actuales Laos, Camboya y Vietnam. Francia creó un sistema agrícola colonial beneficioso económicamente para sus intereses y que, además, cambió para siempre el paladar de la población africana.

Con el paso de los años, el arroz se convirtió en un alimento moderno, bien visto por las clases medias senegalesas, y el cacahuete en un producto transformado. A los supermercados de Dakar llegó la

Dakatine, la marca más famosa de crema de cacahuete producida por la sociedad francesa Huileries Alsaciennes, que aprovechaba la materia prima de Senegal para devolverla transformada a los estantes senegaleses. Aquella lata de aluminio, más cara y lista para la preparación del arroz con salsa de cacahuete, se ha convertido hoy en imprescindible para la preparación de uno de los platos más populares de la cocina senegalesa.

Desde aquella decisión tomada en los Campos Elíseos, el oro blanco ganó protagonismo en África y tuvo cada vez más acogida entre las clases populares senegalesas. Casi todo eran ventajas. Se trataba de un producto muy nutritivo, fácil de transportar, transformar y cocinar, y que conseguía dar respuesta al éxodo del mundo rural a la capital en la sociedad africana.

El buen recibimiento de este grano en las mesas del país acentuó todavía más la pérdida de plantaciones tradicionales de sorgo o mijo, y la ribera del río Senegal se llenó de arrozales en un giro que no cubrió ni de lejos la demanda del país pero sí uniformizó aún más el campo. Para Abou Bâ, ingeniero rural del Centro de Estudios Rurales y de Agricultura Internacional (CERAI), una oenegé española que fomenta la diversificación de cultivos y la soberanía alimentaria a través de la agricultura sostenible en varios países, entre ellos Mauritania y Senegal, los últimos años de sequía subrayan el error de haber abandonado cultivos que necesitan poca agua y haber apostado todo al arroz, que demanda mucha más hidratación. «El monocultivo es perjudicial y enfermizo para la tierra», asegura. Experto en el rendimiento y fertilidad del suelo, Abou Bâ no reniega en absoluto de este cereal, pero sí opina que una mayor diversificación sería beneficiosa para todos. «El maíz, por ejemplo, es un cereal que mejora la calidad de la tierra porque sus raíces profun-



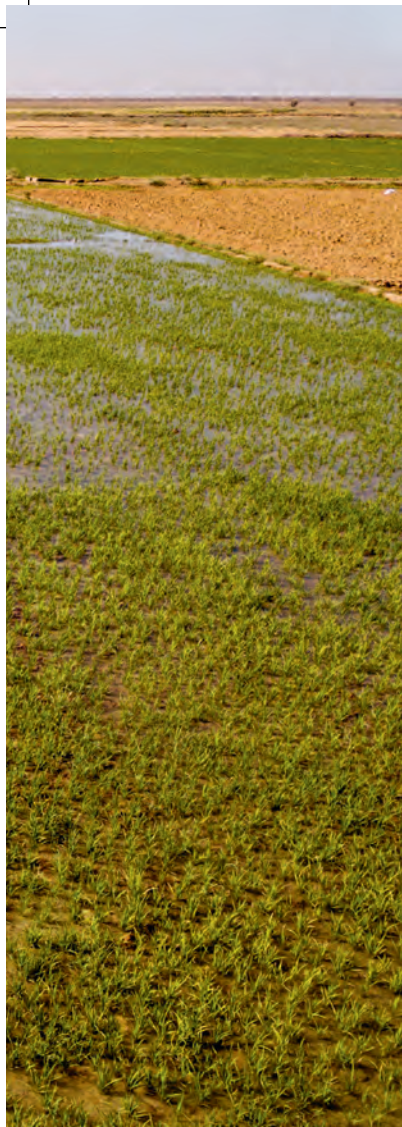
das penetran en el suelo y lo oxigenan. Si siempre plantamos arroz, no hay vida, no hay variedad. La agroecología combina el estiércol y las plantas para que el suelo sea más nutritivo».

Arrozales y cayucos

A pesar de que la apuesta colonial permitió alimentar a una población extensa, las reverberaciones de aquella decisión están detrás de la inquietud actual de mujeres como Aïssata Oumar Sall, miembro de una cooperativa de mujeres productoras en Ndiawara, una aldea arrocera del norte de Senegal.

Es mediodía, el sol agujijonea

las coronillas y, a las afueras del pueblo, en una explanada extensa cubierta de zanjas, tierra revuelta y tallos verdes, una veintena de mujeres trabaja sin descanso con hoces y azadas. Su presencia en un huerto así es una anomalía. En un sector de arrolladora mayoría masculina, Sall y 62 mujeres más han conseguido unirse para gestionar como propietarias casi 14 hectáreas de tierra, donde cultivan sobre todo arroz. Pese a que se desloman de sol a sol, la falta de lluvias y dinero para comprar fertilizantes o combustible para un generador con el que bombear agua del río recortan la producción año tras año. «Nos gustaría que nuestra cosecha fuera



Khadijatou Mody Sarr, de 38 años, cultiva arroz por primera vez. Tiene siete hijos y espera salir adelante con la cosecha.
Sylvain Cherkaoui

«Si la vida de la gente empeora, es normal que busque una salida»

suficiente, pero el arroz solo nos dura tres meses. Además, tengo que vender un poco para comprar otras cosas como aceite, pescado...», cuenta Sall. Lleva un pañuelo lila envuelto en la cabeza y un vestido colorido que contrasta con el verde eléctrico de los tallos tiernos a su alrededor. Cuando se le menciona cómo ha afectado en la aldea el alza del precio de este cereal, la mujer, madre de 13 hijos, admite tener miedo. Miedo porque es madre. «Algunos de nuestros hijos han estudiado y no han conseguido un trabajo decente. Por eso se quieren ir a Europa. Tememos que quieran cruzar el mar, a veces no podemos ni dormir. Si mi hijo quiere subirse a un cayuco o atravesar el desierto, le diré que no lo haga e intentaré sacárselo de la cabeza, pero si las cosas no cambian, los jóvenes seguirán pensando en irse a España o Francia».

Aunque el movimiento en la ruta migratoria africana hacia las islas Canarias ha alcanzado en los últimos años cifras nunca vistas, para Aly Tandian, fundador del Observatorio Senegalés de Migraciones, es difícil establecer una causa directa entre la subida del precio de uno de los alimentos básicos en las sociedades de África del oeste y el aumento de llegadas de migrantes a España. Sí admite que el escenario es preocupante. Entre el 1 de enero y el 18 de noviembre, más de 40.000 personas alcanzaron el archipiélago español tras zarpar desde las costas africanas, lo que superó el récord del año anterior (39.910) y convirtió 2024 en el año con más llegadas de este tipo de la historia.

A pesar de que Tandian suma otras causas a un fenómeno migratorio complejo, cree que las subidas de los precios de elementos básicos como los alimentos y el combustible son un elemento crucial para el empeoramiento de la vida de las clases medias y bajas. No son el único: el coste de la comida se suma a otros obstáculos como

la desafección política, la falta de oportunidades laborales, la ausencia de futuro, el cierre de otras rutas migratorias, la falta de libertad o la violencia en el Sahel. «Si la vida de la gente empeora, es normal que busque una salida por el mar o donde sea», opina Tandian. Y en esa sensación de ahogo, la desestabilización de los precios del arroz durante más de 12 meses ha dejado a muchas personas sin red. «Es el alimento principal para las familias pobres. El impacto de una subida tan grande es brutal en un hogar de 10 o 12 miembros; y algunas de esas comunidades son las que ahora se ven obligadas a partir».

El problema no es solo el grano blanco. Un vistazo al plato nacional de Senegal y su vecina Mauritania avisa de que la alarma es general. El ceebu jën (arroz con pescado en lengua wólof), más conocido como tchep, un sofrito de verduras, pescado y arroz que forma parte de la alimentación diaria de millones de personas, ha visto encarecerse prácticamente todos sus ingredientes. Preparar el ceebu jën, declarado Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad y el alimento por excelencia del día a día en las calles y los restaurantes de las principales ciudades de la región, es hoy un 187,5% más caro que antes de la pandemia de coronavirus. Si hace cinco años su elaboración para una familia de 15 miembros rondaba los 7 euros, la misma cantidad cuesta ahora tres veces más.

La comida en general y el arroz en particular son cuestiones de alta política. En sus primeros meses en el poder, el presidente senegalés, Bassirou Diomaye Faye, que pasó de la cárcel y de líder juvenil antisistema a ganar por sorpresa las elecciones en marzo de 2024, prometió trabajar para evitar tanta dependencia de la fluctuación internacional del precio de los alimentos. Crecido en una modesta familia de agricultores, licenciado en Derecho y antiguo inspector de

impuestos con fama de intachable, Faye aseguró poco después de alcanzar el sillón presidencial que defendería la soberanía nacional, también en sus huertos, costas y establos. «Hay una necesidad urgente —dijo en un discurso a la nación— de recuperar nuestra soberanía alimentaria invirtiendo más y mejor en agricultura, pesca y ganadería, los tres senos nutritivos de nuestro país». Uno de sus primeros encargos a su mano derecha y amigo, el primer ministro Ousmane Sonko, fue el de crear un Consejo Nacional para la Alimentación para reforzar la producción nacional de alimentos.

Pero las nubes anuncian que no será tan sencillo. La crisis climática pone en jaque la soberanía alimentaria de la región por partida doble. Los campesinos del valle del río Senegal, una de las principales regiones agrícolas del país, miran al cielo esperando a que el agua vuelva a caer como antes. Y no ocurre. El calentamiento global ha modificado los patrones de lluvia y retrasado la llegada de los primeros chubascos desde mayo hasta incluso más allá del mes de julio.

El río de los niños espantapájaros

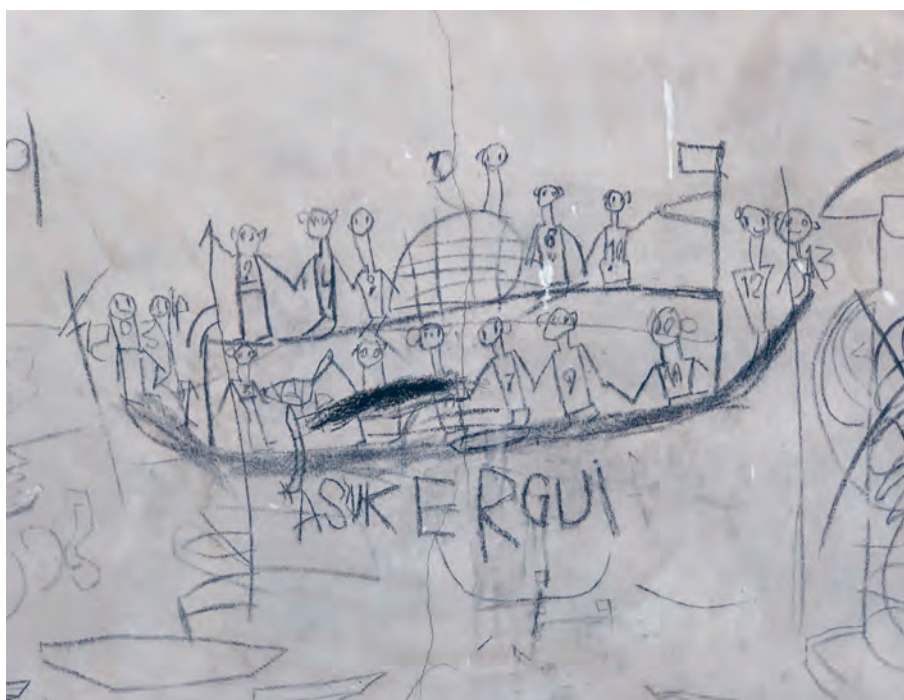
Es media tarde en el pueblo de Guia, en el extremo norte senegalés, y el calor envuelve los arrozales que se extienden a lo largo de ambas orillas del río. La lengua de agua se desliza a las puertas del Sahel por un terreno resquebrajado por la sequía y sin apenas vegetación natural. En 12 meses no ha caído ni una gota. Más allá del cauce, los brotes verdes de arroz son el único oasis de vida en kilómetros.

En un extremo del campo, Alpha Issa otea los tallos largos y finos que se pierden en una explanada de cientos de metros. Bajo un sol implacable, hunde su mano en el lodo y rescata del fondo de la acequia una vasija de plástico recubierta por una malla de rafia. Alpha esconde sus 14 años en un cuerpo menudo y flaco.



Bientou Diop se hace un selfi en la playa de Saint Louis, cerca del lugar donde en 2023 se produjo uno de los peores naufragios de migrantes en la ruta a Canarias. Xavier Aldekoa

P. 218 – 219



Una pintada de un cayuco en un muro frente a la playa de Saint Louis. Xavier Aldekoa

Desenrosca el tapón rojo y vierte un poco de agua en una taza metálica. Engulle todo el líquido de un trago y luego echa la cabeza hacia atrás para coger aire. Lleva desde las siete de la mañana custodiando la cosecha de su hermano y todavía le quedan horas por delante: en verano, Alpha se convierte en espantapájaros. Su misión es mantener a los pájaros alejados del arroz, ya que, en un terreno castigado por la sequía, los campos verdes son prácticamente el único comedor de las aves granívoras. Y su presencia anuncia el desastre. Las bandadas de miles de ejemplares pueden llegar a devorar hasta el 40% de toda la producción de la región. Por eso, Alpha, como el resto de niños de su aldea, pasa los días recorriendo los humedales arriba y abajo para evitar que la cosecha desaparezca de un día para otro. Su trabajo es tedioso pero clave, así que, después de refrescarse, Alpha vuelve a esconder la garrafa en el hoyo y vigila de nuevo el arrozal. Enseguida detecta a un par de pájaros rechonchos rojos que picotean un tallo verde y arranca a correr hacia ellos dando palmadas hasta lograr que se alejen del campo.

Cuando el padre y los tíos de Alpha tenían su edad, también custodiaban estos mismos campos. «Pero entonces todo era distinto», reconoce su tío Sileye Bocar Wade, de 60 años, enfundado en una chilaba parda. Hace décadas, explica Wade, las aves granívoras apenas permanecían unas pocas semanas en la zona, hasta que llegaba la temporada de lluvias. Ahora que la estación húmeda tarda más que nunca, los pájaros se quedan casi todo el verano. Para Boubacar Sall, secretario general del colectivo de productores de arroz del departamento de Podor, el clima se ha convertido en un enemigo de la producción local. «Claro que el cambio climático afecta. La calidad de las semillas es cada vez más baja, aparecen plagas de insectos y llueve más tarde. El cambio

climático retrasa las lluvias y eso hace que los pájaros se queden más tiempo en las zonas de cosecha y arrasen con todo». Las cifras confirman sus palabras. En el valle del río Senegal, las aves granívoras causan, en promedio, una pérdida del 13,2% en la producción de arroz y generan daños que alcanzan los 10 millones de euros, según un estudio publicado en la Revista española de economía agraria. Para luchar contra esta situación, los gobiernos de Senegal y Mauritania firmaron un acuerdo para abordar conjuntamente el problema de estas aves, y desde entonces se han llevado a cabo operaciones de fumigación y monitoreo para reducir su impacto.

Pero la iniciativa de ambos Estados, criticada por varias organizaciones medioambientales por el desequilibrio que provocan los elementos contaminantes de las fumigaciones, no ha evitado el problema, e incluso en la última década el cambio climático lo ha exacerbado. «Ha aumentado la variabilidad de lluvias y cada vez hay más episodios de sequía prolongada», cuenta Lauren Tall, investigadora en la Iniciativa Prospectiva Agrícola y Rural. Y las aves lo han aprovechado. En el año 2023, los pájaros arrasaron 19.000 de las 50.000 hectáreas de arroz del delta del río Senegal. El 38% de la cosecha se echó a perder poco antes de la recolecta, denunció en su momento la Sociedad de Ordenación y Explotación de las Tierras del Delta del Río Senegal.

Al otro lado del río, en suelo mauritano, el peligro no viene solo del cielo. El avance del desierto, que se aproxima cada vez más a la lengua de agua, amenaza con borrar del mapa las plantaciones de las riberas. Desde 1920, la superficie del Sáhara ha crecido cerca de un 10%, según un estudio de la Universidad de Maryland. Se estima que esta zona desértica ha aumentado su superficie en 850.000 kilómetros cuadrados, el tamaño de Francia y Reino Unido juntos. En un país como Mauritania, donde el 75% del territorio es desierto o semidesierto, la pérdida de los pocos espacios verdes que quedan supone un riesgo para la vida. Y los cultivos son casi la única muralla para contrarrestar un avance que parece imparable.

La muralla verde

En el pueblo de Dieuk, en el sur de Mauritania, Ibrahima Gaye fue de los primeros en aceptar tomar parte en el combate contra la desertificación. Hace casi 40 años abandonó el ejército donde trabajaba para convertir su huerto en una trinchera entre el río y la arena y levantar con sus manos una fortaleza verde a las puertas del desierto.

Es un paraíso casi oculto. A apenas un centenar de metros de las últimas dunas, un enjambre de zarzas forma una verja tupida, impenetrable para el polvo del desierto que el viento empuja hacia el sur. Entre la vegetación apenas sobresale un portón metálico sellado con un alambre. Alertadas por el ruido del motor de nuestro coche, unas manos delgadas asoman por la parte superior de la entrada y desenroscan el ovillo de metal. En el vano de la puerta aparece Ibrahima, su sonrisa desdentada y su jardín de las delicias.

El anciano, de 74 años, ha elaborado toda una filosofía alrededor del cultivo. Su jardín no es solo su granero, sino también una forma de entender la vida. «La agricultura es humanidad: es la única pro-

fesión verdadera —cuenta mientras camina entre los árboles de su finca—. Nacemos de la naturaleza». Cuando Ibrahima llegó a este pedazo de tierra, en la década de los 80, el desierto llegaba al río. «Había dunas por todas partes», recuerda sentado bajo la sombra de un mango gigante. Al imponente árbol le acompaña una orquesta entera de vegetales: guayabos, moringas, limoneros, bananos, flores silvestres y las hortalizas de la temporada. La frescura del lugar contrasta con la sequedad asfixiante más allá de la valla y que de vez en cuando recuerda su amenaza. Cada vez que sopla el viento, una fina brisa cargada de polvo avisa de que el desierto acecha dispuesto a engullir el jardín. Sin el trabajo diario de vecinos como Ibrahima, hace años que esta tierra yacería bajo toneladas de arena. Su lucha es contrarreloj: las temperaturas en el Sahel aumentan 1,5 veces más rápido que en el resto del mundo, según el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC, por sus siglas en inglés). «Si no unimos esfuerzos nos quedaremos rodeados de arena», augura Ibrahima.

La crisis climática no solo altera los patrones de lluvia o los precios internacionales, sino que también redefine las historias de millones de personas como Cissé, Fatou, Alpha o Ibrahima. Desde las brasas humeantes de una cocina familiar en un barrio de Saint Louis hasta los arrozales sedientos del río Senegal o el jardín de la resistencia frente al desierto en Mauritania, el lazo entre clima y comida se tensa, obligando a las comunidades a adaptarse o a abandonar lo que siempre han conocido. El arroz es ya un símbolo: un grano convertido en moneda de cambio global, en marcador de desigualdades y en testigo de un planeta que exige nuevas respuestas para un futuro cada vez más incierto. Quizá la receta la tiene el viejo Ibrahima: «Si la agricultura es humanidad, entonces protegerla es nuestra tarea más importante».